

A CHORBY
POETA MARROQUÍ

I

Me preguntas quién soy, ¡oh Mahometano!...;—
y tú me cuentas que heredero eres
de aquellos Moros que en el suelo hispano
alzaron á su dios y á sus mujeres
de la Alhambra el alcázar sobrehumano.

Me preguntas quién soy...—y, en tanto, lloras,
diciéndote extranjero y peregrino
en esta casa, do naciste y moras,
y me anuncias que al cielo granadino
volverán otra vez las lunas moras...—

II

Yo no sé ya quién soy, ¡oh Mahometano!...
¡Yo vi la luz donde morir tú quieres;
Yo soñé con tu raza en suelo hispano,
y hoy, que piso á mi vez suelo africano,
pienso que soy... el mismo que tú eres!

Extranjero en el África tú lloras...
Yo he llorado en España peregrino;
y hoy, huésped de la casa donde moras,
pienso mirar el cielo granadino
coronado otra vez de lunas moras.

ТЕТУАН, 1860.

CUENTO MORO

(ESCRITO, DE REGRESO EN ESPAÑA, EN EL ÁLBUM
DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA CONDESA DE...)

Hurí de cabellos de oro:
dícenme que quieres tú
que te cuente un cuento moro...—
Uno sé que es un tesoro,
y me lo contó Benzú.
En África se lo oí,
de Abbás en el campamento:
óyelo, preciada hurí;
que es un peregrino cuento
el cuento que dice así:

Muy diestro en tañer la lira
ser pudo el esclavo Hassán;
pero no al poner la mira
en la princesa Zelmira,
hija del viejo Sultán.

Del atrevido cantor
ni aun sospechaba el amor
la altiva infanta moruna,
como no sabe la luna
que la adora el ruiseñor.

Ni el triste en su loco afán
soñó nunca mejor suerte;
pues, de revelarlo Hassán,
la hija del viejo Sultán
pagárale con la muerte.

Y morir, para el cantor,
era asesinar su amor...
jera no ver á Zelmira
con el éxtasis que mira
á la luna el ruiseñor!

Y así la miraba él,
rebozado en su alquicel,
cuando, las noches de luna,
paseaba en su vergel
la altiva infanta moruna.

Pero al cabo sucedió
lo que suceder debía
(estuviera escrito ó no):
Zelmira se enamoró
y se casó el mejor día.

Se casó con Aliatar,
tan príncipe como ella,
poderoso en tierra y mar...,
y fué cosa singular
la boda de la doncella.

Sabedora allí Zelmira
del ingenio del cantor,
díjole:—«*Tañe la lira,*

*y canta el ardiente amor
que el fiero Aliatar me inspira.»*

Hassán maldijo su estrella;
sintió mortal agonía
á la voz de la doncella;
y, encarándose con ella,
armado de una gumía,

—«*Antes (dijo) que cantar
la ventura de Aliatar,
cúmplase mi negra suerte!...*»—
Y arrojó la lira al mar,
y él mismo se dió la muerte.—

Tal fué el caso que Benzú
me contó en Guad-el-Jelú,
y que yo te cuento á ti,
ya que quieres saber tú
lo que pasa por allí.

CÓPLAS

El día que tú te cases,
y no te cases conmigo,
¡que lástima le tendrá
el Amor á tu marido!

(DEL AUTOR.)

Sale el sol, y no te veo...
Ocúltase, y no te he visto...
—Si á esto remedio le llamas,
yo prefiero el daño mismo.

Me dices que no te vea,
para que olvide tu amor...—
¡Ay! Los que pierden la vista,
sólo piensan en el sol.

Sirviérame de consuelo
saber, cuando estoy ausente,
que el no verme te dolía
tanto como á mí no verte.

Antes que me lo dijeras,
conocí que me querías;
y siempre que te dejaba,
«¡Me quiere!», diciendo iba.

Nunca olvidaré el instante
en que, con los labios secos,
pálida como una muerta,
me dijiste:—«*Si: te quiero.*»

No me engañaste al decirme
que á mi amor correspondías.
¡Nadie miente por llevar
una corona de espinas!

¡Ojalá no me quisieras!...
que lo peor del infierno
no es abrasarse en sus llamas,
sino saber que hay un cielo,

De tanto fiero tormento,
el que no puedo sufrir
es saber que por las noches
llorarás pensando en mí.

¡Ojalá hubiera ignorado
que es mío tu corazón!
¡Los ciegos de nacimiento
no echan de menos el sol!

Dime: ¿qué piensas hacer
de la vida que nos resta!
¿Hemos de estar siempre así?
No me lo digas: no mientas.

Si imaginas olvidarme,
no lo pienses, que te engañas.
¡Se olvida lo que se tuvo;
pero nunca una esperanza!

Para no amarnos es tarde:
para olvidarnos, temprano.—
¡Tuyo seré y serás mía!...—
Yo no sé cómo ni cuándo.

¡NUNCA SOLOS!

Él y Ella (únicos nombres
que pueden darse *ella* y *él*
cuando piensan uno en otro,—
lo que á todas horas es)...

años ha que, desde el alba
hasta el lento oscurecer
(hora mística y solemne
en que saben que se ven),

las tardas horas del día
cuentan con ansia cruel,
—«Vendrás», meditando *ella*,
y *él* repitiéndose:—«Iré».

Y años ha que cada noche
juntos al cabo se ven
(sentados entre otras gentes,
que, alrededor de un quinqué,
no se aburren..., porque nunca
vieron su vida cual es,
y estorbando ajenas dichas
cumplen su sino tal vez),

sin lograr los dos amantes
contemplarse á su placer,
ni cruzar otra palabra
que algún hipócrita «usted».

Nadie su secreto sabe...
Nadie lo debe saber...

¡Ellos mismos no han podido
pruebas darse de su fe!

¡Nunca están solos! Sus almas
jamás templaron la sed
que sienten de confundirse
en un beso de embriaguez.

Siempre se ven rodeados
por aquel mundo cruel,
que los separa, y envuelve
de la rutina en la red,
frustrando todas sus dichas,
y malogrando su bien,
cual triste viento de otoño
seca el florido vergel.

Siempre se vieron así,
y siempre así se han de ver,
sin probar de sus amores
otra cosa que la hiel;
sin exhalar un suspiro,
ni una lágrima verter:
tristes, mudos, aterrados,
como reos ante un juez.

Y llega la media noche,
y termina la *soirée*;
y «¡Adiós!», le dice él á ella;
«¡Adiós!», le dice ella á él...

Y ya no vuelven á verse
hasta que, el día después,
reemplaza á la luz del sol
la triste luz del quinqué.

LAS NUBES

¡Qué bellas sois, oh nubes
del apacible otoño!
¡Qué leves vuestras alas
de púrpura y de oro!
¡Oh dulces compañeras
del triste, que va solo
por los desiertos campos
llorando sus enojos!
¡Por qué cruzáis vosotras
espacios luminosos,
en tanto que la tierra
cansado yo recorro?

¡Qué gratos son al alma
los tintes melancólicos
con que veláis del día
los últimos sollozos!
¡Qué bien supo mis penas
aquese sol remoto,
cuyos fulgores miro
borrarse poco á poco!—
¡Así vi yo eclipsarse
la luz de aquellos ojos,
que heló ya para siempre
la muerte con su soplo!

¡Morir! ¡dulce esperanza!
 ¡deleite misterioso!...
 ¡Morir! ¡único puerto
 del mar en que zozobro!
 ¡Predestinado instante
 de recobrar el trono
 que el alma echa de menos
 entre el humano lodo!
 ¡De libertad y dicha
 hora que espero ansioso
 para volar al lado
 de la que muerta adoro!

¡Oh plácido consuelo!—
 ¡Tal es, tal es el solo
 que réstale á mi espíritu
 en este valle lóbrego,
 donde mi ausente amiga
 dejóme en abandono,
 sin más que sus recuerdos,
 sin más que mis enojos!—
 ¡Llevadme, ¡oh, sí!, llevadme,
 nubes de fuego y ópalo;
 llevadme en vuestras alas
 al mundo por que lloro!

¡De la terrestre atmósfera
 desaparezcamos pronto,
 cual disipada esencia
 que huyó del frágil pomo:
 crucemos por el éter,
 cual raudo meteoro;
 dejemos á los astros

girar del mundo en torno;
 lleguemos al Empíreo,
 y ante el Divino Solio
 postrémonos, deshechos
 en lágrimas de gozo!—

Mas ¡ay!... La negra noche
 borró vuestros contornos...
 ¡También me abandonáis
 á solas con mi lloro!
 ¡Ya habéis desaparecido
 cual sueño vagaroso...,
 cual aves pasajeras...,
 cual desaparece todo!—
 ¡Oh nubes disipadas
 del apacible otoño,
 llevad mis pensamientos
 á la que muerta adoro!

Á LA POETISA VASCONGADA

DOÑA MATILDE ORBEGOZO

En tanto que el espléndido Oceano
terso mires cual diáfana laguna,
rendido en las veladas del verano
á las caricias de la insomne luna;

en tanto que, depuestos sus enojos,
se explaye en dulce y religiosa calma,
insondable y azul como tus ojos,
infinito y en paz como tu alma,

el lúgubre naufragio de mi vida
no cruce, no, Matilde, por tu mente,
ni turben tu existencia bendecida
las tempestades de mi pecho ardiente.

.....

Mas si, en los días del sañoso invierno,
por estas playas áridas y solas
triste cruzares, el clamor eterno
del Noto oyendo en las revueltas olas;

Á LA POETISA DOÑA MATILDE ORBEGOZO

91

al ver el cielo cárdeno y sombrío,
el Oceano lóbrego y desierto,
y entre sus ondas, el cadáver frío
del náufrago que tarde llega al puerto,

acuérdate de mí, que, errante y solo,
—¡muy lejos, ay!—los mares de la vida
surcaré, sin hallar rumbo ni polo
á mi esperanza siempre combatida.

PORTUGALETE.

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana!...
Nieve perpetua..., soledad doquiera!...—
¿Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
á hollar estos desiertos se atreviera?

Aquí enmudece hasta la voz del viento...;
profundo mar parece el horizonte...
única playa el alto firmamento...
anclada nave el solitario monte.

¡Nada en torno de mí!... ¡Todo á mis plantas!—
Oscuros bosques, relucientes ríos,
lagos, campiñas, páramos, gargantas...
¡Europa entera yace á los pies míos!

¡Y cuán pequeña la terrestre vida;
cuán relegado el humanal imperio
se ve desde estos hielos donde anida
el *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!

¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!—
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
el luengo Rhin y el Ródano profundo,
hijos son de los hijos del Coloso.

Debajo de él... los Alpes se eslabonan
como escabeles de su trono inmenso:

debajo de él... las nubes se amontonan
cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él... los cielos nada más! La tarde
le envidia al verlo de fulgor ceñido...—
Llega la noche, y en su frente arde
con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con raudo movimiento
una y otra estación...— Él permanece
mudo, inmóvil, estéril.— ¡Monumento
de la implacable eternidad parece!

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
huellan jamás su excelsitud nevada...
Huérfano vive del calor del globo...
¡En él principia el reino de la nada!

Por eso, ufano de su horror profundo,
dichoso aquí mi corazón palpita...
¡Aquí, solo con Dios..., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita!

¡Y qué suave, deleitosa calma
brinda á mi pecho esta región inerte!...
—Así concibe fatigada el alma
el tardo bien de la benigna muerte.—

¡Morir aquí! De los poblados valles
no retornar á la angustiosa vida:
no escuchar más los lastimeros ayes
de la cuitada humanidad caída:

desaparecer, huyendo de la tierra,
desde esta cima que se acerca al cielo:
por siempre desertar de aquella guerra,
de eterna libertad tendiendo el vuelo...

Tal ansia acude al corazón llagado,
al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
sobre un mísero mundo atribulado
por el cierzo y el rayo y el torrente.

¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡como el ancho Oceano y el Desierto,
tú vives sólo de tu propia vida!

La tierra acaba en tu glacial palacio;
tuya es la azul inmensidad aérea:
tú ves más luz, más astros, más espacio...;
¡parte eres ya de la mansión etérea!—

¡Adiós! Retorno al mundo...—Acaso un día
ya de la Tierra el corazón no lata,
y sobre su haz inanimada y fría
tiendas tu manto de luciente plata...

Será entonces tu reino silencioso
cuanto hoy circunda y cubre el Oceano...—
¡Adiós!... Impera en tanto desdeñoso
sobre la insánia del orgullo humano!

CHAMOUNIX, 1860.

VENECIA

¡Lloras..., misera reina destronada!
¡Lloras, y, al rayo de la triste luna,
se desliza tu góndola enlutada,
como negro ataúd, por la laguna!

¿Á dó vas, infeliz? ¿Por qué recorres
silenciosa los lúgubres canales,
y al pie te paras de las altas torres
ó de las viejas casas señoriales?

¿Por qué sollozas al pasar al lado
de la antigua *Piazzetta*, y mayor duelo
sientes al distinguir el *León alado*
que audaz parece remontarse al cielo?

Del *Palacio Ducal*, ¿por qué la vista
apartas con recóndita tristeza,
si es cada piedra gloria de un artista
ó te dice de un héroe la grandeza?

¿Por qué, al mirar la cúpula eminente
de la insigne Basílica, suspiras,
si tus empresas por el rico Oriente
en sus contornos reflejadas miras?

¿Por qué ocultas la faz entre las manos
al ver de *I Frari* el templo luctuoso,
donde tantos ilustres venecianos
honor te dan en funeral reposo?—

¡Llora, sí, llora! Tu dolor es justo...
Señora fuiste de quien eres sierva;
libre imperaste, y tu blasón augusto
te arrebató la usurpación proterva.

¡Llora tu agravio y tu dolor extremos,
pues vencida te ves y anciana y sola,
como al compás te dice de los remos
el gondolero en triste barcarola!

¡Ya no alegran vistosas mascaradas
el *Gran Canal* bogando en raudos giros,
ni resuenan lascivas carcajadas
bajo el puente fatal de los *Suspiros!*

¡Ya no es tu puerto el renombrado emporio
que el mundo entero á enriquecer venía;
ni en él celebra regio desposorio
tu Dux potente con la mar bravía!

¡Ya no despides desde el yermo *Lido*
la Cruzada que parte en tus galeras,
ni en el atrio del templo bendecido
su regreso triunfal gozosa esperas!

¡Llora, sí, llora, mísera viuda!...
El mar perdió tu anillo soberano,
y solitaria te quedaste y muda,
á merced de las iras del tirano.

¡Llora por tus calados monumentos,
que en las aguas reflejan sus rúinas,
como sombras que bajan de los vientos
á sumirse en las ondas cristalinas!

Llora, evocando la memoria grata
de tanto amor y placidos festejos
como estas olas de movable plata
miraron de esa luna á los reflejos.

Gloria, riqueza, libertad y trono
perdiste, y extranjeros te desdoran...—
¡Haces bien en llorar tanto abandono!...—
Pero tus hijos... ¡Reinal, ¿por qué lloran?

¿Por qué, cruzadas las inermes manos,
gimen también en tu materno seno?
Si hombres son, y nacieron venecianos,
¿qué lauro aguardan del valor ajeno?

¿Qué libertad es esa que mendigan?
¿Cómo invocarla entre gemidos osan?
—¡Menguados! ¡Morid antes que os maldigan
los que en las urnas de *San Juan* reposan!

De pueblos cien feroces y aguerridos
 fueron vuestros abuelos opresores...
 ¡y viviréis vosotros oprimidos!
 ¡y pavor os pondrán vuestros señores!—

¡Despertad, vive Dios! ¡La dura lanza
 empuñen esas manos suplicantes!
 ¡Id, si no á la victoria, á la matanza!...
 ¡Qué os importa morir, si matáis antes?

¡Sois pocos?—¡Por el cielo! ¿Cuántas vidas
 tiene cada mortal? ¿Cuántos alientos?—
 ¡Sois pocos!... ¡Los Trescientos de Leonidas
 no eran más, y murieron los trescientos!—

¡No hay libertad sin honra!—Algún día
 la ley del Auxiliar truécase en yugo,
 y su altiva forzosa compañía
 mancha más que la mano del verdugo.—

Venecia esclava, en el humano seno,
 si no entusiasmo, compasión despierta...
 ¡Venecia libre por auxilio ajeno
 será la tumba de una raza muerta!

VENECIA, 1860.

ROMA

¡Sólo tú por dos veces el imperio,
 ¡oh Roma!, has ejercido en las edades!
 ¡Sólo tú de dos ínclitas ciudades
 envuelves en la púrpura el misterio!

Dos veces asombrado el hemisferio
 contempló tu grandeza ó tus maldades,
 según fueron del orbe potestades
 León ó Borgia, César ó Tiberio.

De Persépolis, Nínive y Cartago
 no queda más que fúnebres rúinas,
 cálida arena y solitarias palmas:

¡y tú, inmortal en medio del estrago,
 al perecer las águilas latinas,
 conquistaste el imperio de las almas!

ROMA, 1860.

DESDE EL VESUBIO

¿Adónde voy?—¡Ay, triste!... Ya me aterra
aquesta agitación, aqueste anhelo...—
¿Qué busco en las entrañas de la tierra?
¿Qué busqué ayer en la región del cielo?—

Ayer mis pasos la nevada cumbre
hollaban del espléndido *Mont-Blanc*...—
¡Hoy huellan de los cráteres la lumbre
sobre la rota frente del volcán!

Ayer..., doquiera paz y hielo eterno,
sepulcral inacción, silencio mudo...—
¡Hoy..., el fragor y el fuego del infierno
y los bramidos del Titán sañudo!

Allí... la muerte con su faz helada,
con su santa quietud y su dulzura...—
¡Aquí... la vida con su voz airada,
la pasión con su horrible calentura!

Y aquí y allí... ¡pavor, misterio ignoto...
la misma pena, igual devastación!...
Dejé la Nada, y hallo el Terremoto...
¡Allí el no ser, aquí la destrucción!—

¿Adónde voy?—¡Ay, triste! ¡Ya me aterra
el temerario afán de aqueste anhelo!
¿Por qué del haz me alejo de la tierra?
¿Qué busco en los abismos ó en el cielo?

NÁPOLES, 1861.

Á POMPEYA

Dies irae.

Cuando amanezca el iracundo día
que en la mente de Dios leyó el Profeta,
y, al agrio son de la final trompeta,
abandone de Adán la raza impía,

ora el sosiego de la huesa fría,
ora los lares de la vida inquieta,
y pase el Juicio extremo, y del Planeta
quede la extensa faz muda y vacía,

no será tan horrendo y pavoroso
encontrar por doquier huellas del hombre
y ni un hombre en campiñas ni en ciudades,

como hoy verte, sin vida ni reposo,
desierta y mancillada por tu nombre,
expiar ¡oh Pompeya! tus maldades.

POMPEYA, 1861.

EL LLANTO DEL SOLTERO

Sin ti..., ¡qué eternidad tan negra y larga
fué para mí la noche, amada mía!
¡Sin ti me encuentra el implacable día;
sin ti, y en honda soledad amarga!

Ya el sueño, que mis párpados embarga,
sin ti mis pasos hacia el lecho guía;
y pues no estás en él, en él querría
dejar por siempre del vivir la carga.—

Pero ¿quién eres tú? ¿Dulce quimera,
visión del bien perdido, ó vaga sombra
de un nuevo bien que al porvenir demando?—

¡No sé, no sé quién eres!—«Compañera»
te llama el corazón cuando te nombra,
¡y las noches sin ti paso llorando!

MADRID, 1863.

AQUÍ, QUE NO LO OYE...

Arde perenne en su ánima sencilla
el casto amor de la cristiana esposa;
cual de gótico templo en la capilla
lámpara solitaria y misteriosa,
símbolo de la fe, perpetua brilla.

Derrama en torno suyo á manos llenas
el bien que prodigáronle los cielos;
con sus lágrimas borra las ajenas;
y al triste da, por término á sus duelos,
la paz bendita de las almas buenas.

Es tan humilde cual la dócil caña,
que se dobla al impulso de la brisa;
como arroyo que el pie del sauce baña,
como violeta azul de la montaña,
que da su dulce aroma á quien la pisa.

Y es orgullo y sostén, luz y consuelo
del que, vencido en la mundana guerra,
dijo, al verla cruzar por este suelo:
—«Si los ángeles bajan á la tierra,
¿por qué no ha de subir el hombre al cielo?»

EL FRUTO DE BENDICIÓN

¡Cuántas veces fugaz la Primavera
vistió de flores mil el campo abierto,
hora tornado en árido desierto,
ni sombra ya de lo que en Mayo fuera!

En tanto aquella flor, la flor primera,
logro de afanes en cerrado huerto,
ve trocada el colono en fruto cierto,
de árboles mil semilla duradera.

¡Así la juventud! ¡Así la vida!—
La que en vanos placeres se consume,
olvidada á la tarde desfallece:

en tanto que la fiel y recogida
que á un solo amor consagra su perfume,
más allá de la tumba reverdece.

Á MI HIJA PAULINA

EN SUS DÍAS

Por la primera vez hoy es tu día...—
¡Ven á mi corazón, prenda adorada...,
orgullo de la esposa más amada,
vida de mis entrañas, hija mía!

¿Qué te dirá de un padre la ufanía?
¿Qué te dirá tu madre embelesada,
sino verter del alma enajenada
lágrimas de cariño y de alegría?

Delicia de los dos..., ¡bendita seas!
¡Bendita seas,avecilla pura,
que alegras con tu canto nuestro nido!—

Y allá en los años *en que no nos veas*,
¡Dios te dé tanto bien, tanta ventura,
como tú con nacer nos has traído!

1868.

CAMINO DEL CIELO

La madre está de pechos
á la ventana,
viendo caer la nieve
lenta y callada.

Todo blanquea;
cabañas y rediles,
campos y breñas.

No teme que á la cuna
del tierno niño
lleve cuajados copos
el viento frío...

—¡Ay, pobre madre!
Aquella cuna encierra
sólo un cadáver.

Por eso miran tanto
sus ojos fijos
de la nieve y el viento
los remolinos...

Por eso exclama
con doloridos ayes:
«¡Hijo del alma!»

«¿Por qué no murió un día
de primavera
como flor que á los cielos
vuelve su esencia?

¡Ay, cuantos pájaros
fueran con él gozosos
aleteando!»

«¡Oh! ¡Pero en esta tarde,
solo y sin guía,
luchando con las nubes
y la ventisca,
mi pobre ángel
irá muerto de frío
por esos aires!»

Es ya la media noche...
Sigue nevando...
La madre abriga al ángel
en su regazo...
De la ventana
voló en su busca al cielo...
—Ha muerto helada.

EL SECRETO

«¡Yo no quiero morirme!»
—dice la niña,
tendiendo hacia su madre
dos manecitas
calenturientas,
cual dos blancos jazmines
que el viento seca...—

Un silencio de muerte
la madre guarda...
¡Ay, si hablara, vertiera
mares de lágrimas!
Besa á la niña,
¡y aun le fingen sus labios
una sonrisa!

Del cuello de la madre
la hija se cuelga,
y, pegada á su oído,
pálida y trémula,
con sordo acento,
dícele horrorizada:
—«Oye un secreto:

*¿Sabes por qué á morir me
le temo tanto?
Por que luego me llevan,
toda de blanco,
al cementerio...,
y de verme allí sola
va á darme miedo!»*

—*«Hija de mis entrañas!
(grita la madre),
Dios querrá que me vivas...;
y, aunque te mate,
descuida, hermosa,
que tú en el cementerio
no estarás sola.»*

GLORIA

—Dime: ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?
Di: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—¡Oh! Dejadme que llore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida
ya se lo llevan!
¿No veis mi duelo?
¿No oís que las campanas
tocan á muerto?

—Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer entre tus brazos,
madre bendita...
¡Y hoy ya no llora!...
¡Hoy por él las campanas
tocan á gloria!

—¡Ah! Sí... Su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra...
Ya no le veo...
¡Para él tocan á gloria!
¡Para mí, á muerto!

AL RECIBIR MI RETRATO

(PINTADO POR MI AMIGO EL SR. D. IGNACIO SUÁREZ LLANOS)

Al verte, ¡oh grave pintura!,
entrar en mis lares hoy
con mi edad y mi figura,
no sé qué vaga tristura
siento al decir: «*Así soy.*»

Tal vez pienso que mañana,
cuando de mi edad lozana
rastros queden sólo en ti,
dirá mi vejez ufana
á mis hijos: «*¡Así fui!*»

Tal vez pienso que algún día
(cuando Dios llamarme quiera)
buscará tu compañía
esta dulce esposa mía,
para decir: «*¡Así era!*»

Tal vez pienso que quizá,
al cabo de muchos años,
nadie te conocerá,
y un extraño á otros extraños
dirá al verte: «¿Quién será?»

Y que, al comprarte, atraído
por lo antiguo de tu traje
ó por tu buen colorido,
les dirá: «¿Este personaje
no debe haber existido!»

1869.

Á ALFONSO XII

RESTAURADO EN EL TRONO DE SUS MAYORES

¡Alfonso! ¡Hijo de España! ¡llega! ¡mira!
¡contempla el haz de tu nativo suelo!—
¡Doquier devastación y sangre y duelo,
frutos de la soberbia y la mentira!

Cundieron los incendios de la ira
de América al Pirene en raudo vuelo,
y, escándalo del mundo, horror del Cielo,
arde la Patria cual inmensa pira.

¡Oh! Llega, nuevo ALFONSO, y á tu nombre
cesen los odios en que hierve España...
¡Sé tú de amor y de justicia prenda;

soldado y rey que al universo asombre;
rayo en la lid contra invasión extraña;
iris de paz en la civil contienda!

Enero de 1875.

Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

EN LA MUERTE DE SU AUGUSTA ESPOSA
DOÑA MERCEDES DE ORLEANS

Si Rey de España no fueras,
y Alfonso no te llamaras,
y en tus veinte primaveras
el trono honrado no hubieras
con tus virtudes preclaras:

si de la Patria el amor
no te diese ya el dictado
de *Rey Pacificador*
á ti, su primer soldado
y en el Consejo el mejor:

si de esa patria querida
no fueses sostén y vida
y paladín ejemplar,
por quien espera tornar
á la grandeza perdida,

¿qué consuelos ofrecerte
pudiera nadie, señor,
hoy que la implacable muerte
trueca en sombra y polvo inerte
á la prenda de tu amor?

¿A qué la vida sin ella?
¿Dónde un alma como aquella?
¿Dónde su fe y su ternura?
¿Quién tan piadosa, y tan pura,
y tan amante, y tan bella?

«No hay para tu mal consuelo
(dijérate, al ver tu duelo),
»y ya sólo anhelar puedes
»que pronto benigno el cielo
»te llame junto á Mercedes.»—

¡Pero eres el Rey, señor!
¡Eres el primer soldado;
y de la Patria el amor
te exige que, denodado,
sacrifiques tu dolor!

Eres defensa y egida
de nuestra España querida,
su paladín ejemplar,
y por ella sabrás dar
tu dolor como tu vida.—

¡Tal ha de ser tu consuelo!
¡Tal tu gloria!...—Y si así puedes
calmar de la Patria el duelo,
tu heroísmo desde el cielo
benedicirá tu Mercedes.—

EN EL XIX ANIVERSARIO
DE LA MUERTE
DEL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ

solemnemente celebrado en Vivero.

¡Cantores de Galicia! No os asombre
que, de tan lejos y bañado en llanto,
venga yo á unir mi canto á vuestro canto
como obsequio filial al grande hombre

Ni el alto genio que le dió renombre,
ni su gloria y su prez muévenme á tanto...
¡Más humilde y más hondo es el quebranto
con que bendigo en mi dolor su nombre!

El me amó como padre: fué mi amigo,
mi maestro, mi amparo...; y yo, de hinojos,
¡ay triste!, de su muerte fuí testigo...

Heláronse en mis brazos sus despojos...;
y, huérfano ya de él, solo conmigo,
¡cerré por siempre sus nublados ojos!

1882.

Á LA MARQUESA DE LA PEZUELA

Anoche en aquel salón,
donde, graciosa y discreta,
eras un nuevo blasón
del insigne campeón
y esclarecido poeta;

allí, donde compartías
con tus dos bellas hermanas
las últimas alegrías
de aquel que ciñe á sus canas
coronas de tantos días;

allí, donde á vuestro lado,
de amor y de honor dechado,
estaban los adalides,
hijos del viejo soldado,
con fe y alientos de Cides;

allí, donde toda gloria,
todo bien, toda ventura
tiene viva ejecutoria:
las Letras patrias, la Historia,
la virtud y la hermosura...;

en aquel salón, repito
 (que por algo te he descrito),
 fué donde anoche, Marquesa,
 te hice, en pena de un delito,
 de estos versos la promesa.

Y, pues van cinco quintillas,
 y no he dicho maravillas,
 y temo causarte enfado,
 te suplico de rodillas
 que me des por indultado.

27 de Diciembre de 1880.

EN EL ÁLBUM

DE LA INSPIRADA POETISA

DOÑA JOSEFA UGARTE DE BARRIENTOS

Si Júpiter soberano
 hubiérate conocido,
 un pastor de juicio insano
 perdición no hubiera sido
 del noble pueblo troyano.

Pues ni á Jove le ocurriera
 dudar de aquella manera,
 ni se abriera tal certamen,
 ni de Paris el dictamen
 discordias mil produjera.

Antes con desinterés,
 Minerva, Venus y Juno,
 declararan á tus pies
 que aclamarte era oportuno
 como reina de las tres...

Y Júpiter la manzana
te diera, y el alma, y todo,
según la usanza pagana...,
redactando de este modo
su sentencia soberana:

—«Proclamo que esta mujer,
»reina de mi corazón,
»de Juno tiene el poder,
»de Venus la seducción
»y de Minerva el saber...

»Y mando que, á nombre mío,
»le rindan en tierra y mares
»los reyes su poderío,
»los poetas sus cantares
»y los hombres su albedrío.»—

Con lo cual, visto no habría
el mundo aquella tramoya,
ni yo, al verte á ti, diría,
como digo cada día:
—«Corazón: ¡aquí fué Troya!»

Á LA MARQUESA DE VALMEDIANO

INUTILIDAD DE ESTE ÁLBUM

Si eres tú la primavera,
¿qué flores podré yo darte?
Si eres el Sol de la esfera,
¿qué luz podrá retratarte?

Si eres tú la Poesía,
¿qué voz dirá tus encantos?
Si eres la eterna Armonía,
¿qué falta hacen otros cantos?

Si eres Diosa del Amor,
¿quién podrá brindarte amores
que acrecienten el fulgor
de tus propios resplandores?

Si eres, en fin, la Virtud,
y la virtud ejemplar,
¿cómo hará ningún laúd
mejor cosa que callar?—

Tu debido elogio, pues
 (te lo dice el moro viejo,
 que humilde besa tus pies),
 lo hallarás en un espejo
 ó en los ojos del Marqués.

OBRAS SON AMORES

(EN LA CORONA POÉTICA DE BRETÓN DE LOS HERREROS)

Dignum et justum est, ¡oh compañeros!
 que toda hispana cítara ó avena
 el luto cante de la patria escena,
 huérfana de Bretón de los Herreros...

Bien está que con ayes lastimeros
 digamos nuestro espanto y nuestra pena,
 tendido al ver y exánime en la arena
 al titán que luchó con los mejores...

Mas no es sólo de llanto el homenaje
 debido á su grandeza soberana:
 ¡honor más alto se le rinda al genio!

¡Vengamos, como exequias, el ultraje
 de la noble Talía castellana,
 y echemos á los *bufos* del proscenio!

CARTA

Á MI DESCONOCIDA AMIGA ELIA ¹

Elia: tu, que de mi amigo
ya eres la parte mejor,
pues tuya has hecho su alma
y tuyo su corazón:
Elia, vida de su vida,
cara prenda de su amor,
que á ser vas su compañera
por el tiempo que os dé Dios:
oye lo que, en las solemnes
vísperas de vuestra unión,
piensa el que, en vez de *su amigo*,
ya es *amigo de los dos*.

Cuando, en apacible *tarde*,
baja al Occidente el sol,
poniendo término á un *día*
de paz y de bendición,
¿pensar te ocurrió en que el último
rayo de aquel esplendor
era para otro hemisferio
de la *aurora* el arrebol?
Y ¿no es verdad que, contenta
del día que ya pasó,
cuanto agradecida al cielo

¹ Esposa muy luego de mi querido amigo y compañero Luis Alfonso.

CARTA Á MI DESCONOCIDA AMIGA ELIA

127

por su constante favor,
al astro rey le pediste
que, en aquella otra región,
dichas sin cuento alumbrase
como las que aquí alumbró?

Si tal meditaste, ¡oh Elia!
¿á qué más explicación?—
Sentido y sabido tienes
todo lo que pienso yo,
á los quince años cabales
de un casamiento de amor,
en las solemnes y clásicas
vísperas de vuestra unión.
—Gozoso á los cielos pido...
(y no en las tinieblas, no;
sino cuando de mi dicha
resplandece aún vivo el sol;
cuando de amorosa tarde
dora el plácido fulgor
la pura frente de aquella
que de ángeles me cercó);
gozoso, digo, á los cielos
pido con alegre voz
que, en esa que á emprender vais
larga peregrinación,
halles los males y bienes
en la proporción que yo;
¡pues si este bien no es completo,
no conozco otro mayor!

Quiero decir, Elia amiga,
que halléis, por gracia de Dios,

pan y paz, calma y trabajo,
 mutua fe y abnegación:
 ni venturas de uno solo,
 ni de uno solo un dolor;
 los gustos y los pesares
 partidos siempre entre dos;—
 lo cual da por resultado,
 en el álgebra de amor,
 que los gustos se duplican
 y es *cero* toda afición.—
 Con esto tendréis bastante
 para ir de la dicha en pos
 por el que *valle de lágrimas*
 santamente se nombró:
 valle de delicias lleno
 para quien probó el dulzor
 de las lágrimas ajenas
 que con las suyas borró;
 y donde trocarse mira
 cada abrojo en una flor
 quien, por librar á otro de ellos,
 los clava en su corazón.

Adiós, celebrada Elia;
 incógnita amiga, adiós;
 y Él quiera que, cuando cuentes
 los años que cuento yo,
 digas tú á las nuevas jóvenes
 prometidas del amor...
 lo que acaba de decirte

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

1.º de Diciembre de 1880.

LA INUNDACIÓN DE MURCIA

POST NUBILA

Pasó el diluvio... ¡Ya hay suelo!
 Ya la paloma del arca
 va de una en otra comarca,
 nuncio de paz y consuelo.
 Doquier que posa su vuelo
 cesa la calamidad;
 dones vierte la piedad
 y el sol de la dicha asoma...
 ¡porque esa blanca paloma
 es la santa *Caridad!*

1879.

VERSOS IMPROVISADOS

DURANTE LA GRAN PROCESIÓN HISTÓRICA DEL CENTENARIO
DE CALDERÓN

¿Es realidad ó ilusión?
¿Estoy soñando ó despierto?
¿Qué dice esa aclamación?
—«¡Viva! ¡Viva CALDERÓN!...»—
Pues qué, ¿CALDERÓN no ha muerto?

¿No lo vimos enterrar
hace ya doscientos años,
y en su túmulo y altar
no ha corrido sin cesar
llanto de propios y extraños?

¿Un sueño, como su vida,
fué por ventura su muerte,
y el ánima entumecida
se quedó en el cuerpo inerte,
como savia adormecida?

¿Ó el vate ha resucitado
con su hábito clerical,
la roja cruz al costado,
y su espada de soldado
y su laurel inmortal?—

No: ni el hombre ha revivido,
ni el tiempo ilusión ha sido:
su ley la muerte cumplió,
y dos siglos han corrido
desde que DON PEDRO murió.

Pero el antiguo adalid,
rey de la española escena,
triumfa muerto como el Cid,
y, ante su sombra, Madrid
de aplausos el aire llena.

Que, si murió CALDERÓN,
viven su genio profundo
y la excelsa inspiración
con que dió decoro al mundo
y leyes al corazón.

Y el mundo jamás olvida
la memoria bendecida
del noble ingenio que lanza
en los surcos de la vida
la siembra de la esperanza.

Á LA EXCMA. SRA. BARONESA DE CORTES

QUE REGALÓ UN ABANICO Á MI HIJA PAULINA

De vuestras manos,
que, por lo bellas,
manos parecen
de estatua griega;
de aquesas manos,
que así manejan
la docta pluma
como la rueca;
manos de dama,
de ricahembra,
que al par labora,
cura y gobierna.

De vuestras manos,
que á un tiempo llevan,
así en los duelos
como en las fiestas,
de honrada casa
cortas las riendas,
del limosnero
flojas las sedas,
franco el aplauso
que al bueno premia,
y del socorro
pronta la venda...

De tales manos,
¡oh Baronesa!,
vuestro abanico,
próvido emblema,
cetro de oro,
vara hechicera,
hoy á las manos
de mi hija llega.

Es esta niña
la luz primera
que mis amores
diéronme en prenda.
Fué, tras los sueños
de mi existencia,
de la esperanza
cumplida oferta:
¡tierno capullo
de otra flor bella
que es de mi vida
fiel compañera!—
Ambos tenemos
puestos en ella,
no ya los ojos,
el alma entera...
Y nuestras ansias,
las preces nuestras,
cuanto afanamos
sobre la tierra,
es porque flores
sigan su huella
cuando á su lado
ya no nos vea...

No, pues, palabras
 hay en mi lengua,
 sino temblores
 del alma mesma,
 cuando mis ojos
 ven, dama egregia,
 noble cantora,
 maga benéfica,
 que el abanico,
 pródigo emblema,
 cetro de oro,
 vara hechicera,
 de vuestras manos
 pasa á las de ella.

Dulce hija mía,
 bien del poeta,
 luz de mi alma,
 mi primogénita;
 noble Paulina;
 flor de mi idea;
 prez de mis canas;
 sol que me alegras:
 ve, y á la diosa
 que de esa prenda,
 para tu dicha,
 te hizo heredera
 (dándole un beso
 y un *Excelexencia*),
 dile...; en fin, dile
 lo que tú quieras.

EL ÁLBUM HEREDADO

Nobles hermanas, á la par gentiles,
 discretas á la par y candorosas,
 que el dulce encanto de los veinte abriles
 mostráis en faz y gracias juveniles,
 como pareja de entreabiertas rosas:

¿qué álbum es éste tan precioso y rico
 (bordado de seguro por las hadas),
 donde encuentro (y á fe no me lo explico)
 autógrafos, pinturas y baladas,
 que tienen ya de fecha treinta y pico?

¡Cantan aquí la gracia y la hermosura,
 con el ardor de sus mejores años,
 Quintana, Gil y Zárate y Ventura;
 y, haciendo coro al general Castaños,
 Martínez de la Rosa amor murmura!

¡Astros fulgentes de la patria fueron,
 que nunca ingrato eclipsará el olvido!...—
 Pero ¿cómo estas coplas os hicieron,
 si algunos de ellos ¡ay! hasta murieron
 cuando vosotras dos no habíais nacido?

«*Voces son de otros sueños y otros días...*»
 —responde un eco de la edad pasada.—
 ¡Ah! ¡Ya lo entiendo todo, amigas mías!...
 ¡Este libro de flores y poesías
 el álbum fué de vuestra madre amada!

En él un tiempo á la gentil doncella,
 que hoy es proveyta y ejemplar matrona,
 una corona, por afable y bella,
 tejiéronle esos vates, ¡y hora ella
 os da con alma y vida su corona!

Y en él hoy vienen á deciros flores
 otros poetas y otros amadores,
 como, del bosque en el ramaje umbrío,
 nueva generación de ruisseñores
 canta nuevos amores cada estío.

Por eso ya se dijo que, aunque muera
 cada otoño un ejército de amores,
 «tendrá cada primavera
 »tantos pájaros y flores
 »como tuvo la primera»¹.

Véase mi composición titulada «*Á PETRA, de nueve años*».

A CLARA

Son las flores del mundo flores de un día,
 y es la santa inocencia flor inmortal...—
 ¡Bien haces que no cambias, hermana mía,
 la flor que nunca pierde su lozanía
 por las que arrastra secas el vendaval!
 ¡Bien haces, que desdeñas del mundo amores,
 soñándolos eternos en el Edén!...
 ¡Bien harás, si los versos llenos de flores
 que aquí te pongan vates y trovadores,
 ofreces á las plantas del Sumo Bien!